

Biblioteca-Films

N.º 241 UNA NOCHE SERRANA 25
CTS.



REGINALD
DENNY

MARION
NIXON

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15
BARCELONA

AÑO V APARECE LOS MARTES Núm. 241
REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Una noche serrana

Divertidísima comedia de ambiente
moderno, por el popular actor cómico.

REGINALD DENNY

Por CRISPULO GOTARRODONA

.....
E X C L U S I V A
Hispano American Films
Valencia, 233 Barcelona

REPARTO

Juan Graham **Reginald Denny**
Molly O' Day **Marion Nixon**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

En víspera de salir para Europa, la famosa compañía del Broadway Theatre, daba aquella noche la última representación de la obra de mayor éxito del año: "La Liga de las Naciones".

La obra había tenido un éxito apoteósico, y durante siete meses seguidos las funciones se contaban por llenos. No había ciudadano neoyorquino que no hubiese visto la "Liga" de las muchachas del Broadway.

Juanito Graham, que se conocía de memoria todo Nueva York galante, asistía a la despedida. Con aquélla, eran diecisiete las veces que Juanito Graham había ido a ver poner la "Liga".

Esta noche le acompañaba su inseparable amigo, el doctor Frank Allen, y ocupaban dos butacas de la fila primera, desde donde, indiscutiblemente, podían verse mejor la "Liga" y las ligas.

—¡Esto es sencillamente colosal!—exclamó lo menos cincuenta veces Graham—. Tengo las manos hinchadas de tanto aplaudir.

—Como que si sigues así—hubo de repli-

carle una vez su acompañante—te van a tomar por un individuo de la claque!

—Me tiene sin cuidado. Esta Molly se lo merece todo. Por una de sus sonrisas, sería, no de la claque, ¡tramoyista!

Molly O'Day, la "estrella" más resplandeciente de la constelación del "Broadway Theatre", explicaba con razón la afición "tramoyística" de Juanito Graham. Aparte de sus bellezas naturales, de su extraordinaria simpatía—su sonrisa se había hecho famosa en Nueva York—y de la bella euritmia de su cuerpo, impecable prodigo de escultura viva, Molly O'Day era una excelente artista.

Dios, el supremo escultor de todas las mujeres, había prodigado sus dones.

—Después de esta noche, se te acabó la ocasión de conocer personalmente a la interfecta—le advirtió a Graham su compañero, con una maliciosa sonrisa.

—En primer lugar, debo advertirte que Molly no es una interfecta: es un ángel, ¿estamos?—replicó Graham—. Después, te advierto que la conoceré personalmente—añadió con cara de triunfo.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo...?

—Cuándo, dónde y cómo me parezca; para esto he logrado un pase para entrar libremente al escenario—respondió Juan con aire de triunfo.

—Sin embargo—dijo Allen después de una

pausa—yo tendré el placer de tratarla en la intimidad por espacio de más de ocho días y la semana que viene la veré actuar en un teatro de Londres.

Se nos olvidaba decir que el doctor Allen era médico del "Cryptic", magnífico paquete de la Cunard Linc.

—¿De modo que hacen el viaje en tu barco?

—Esta mañana ha sacado pasaje toda la compañía.

—¡Ya vendré a despedirla mañana al barco!...

El éxito de la "Liga de las Naciones" fué clamoroso. Molly rayó, como siempre, a gran altura y hubo de salir al proscenio repetidas veces, para mandar sus besos de despedida al público, que no se cansaba de aplaudir.

Cuando bajó el telón definitivamente, el público desalojó el local; pero los dos ocupantes de la primera fila de butacas embebidos en sus respectivos pensamientos, no se dieron cuenta de nada, hasta que un acomodador los sacó de su ensimismamiento.

—Perdonen, señores; pero vamos a cerrar.

—¿Pero no falta un acto?—dijo Graham.

—¿Es que no ha visto la apoteosis de las ligas?—dijo el acomodador con sorna.

—He visto una cosa que me ha deslumbrado, acomodador—exclamó Graham mientras se levantaba y despertaba a su compañero.



...hasta que un acomodador...

—¿Qué pasa...? ¿Quién se ha puesto malo?—balbuceó Allen.

—El que se ha puesto malo has sido tú. Vete, porque estamos haciendo el ridículo.

—¿Y tú, no vienes?

—No hombre, no; voy a saludar a la artista.

Se despidieron en el vestíbulo. Allí, el doctor cogió a su amigo por los brazos y dijo:

—No sé por qué presiento que esta noche

voy a beber demasiado, pero por si acaso es así, te ruego que "sea como sea" me hagas levantar a las nueve.

—¿Puedo llegar al atentado personal?

—¡Puedes! Pero, por Dios, no te olvides de que el barco sale a las once.

Entretanto, en el camerino de Molly se encontraba ésta desnudándose detrás de un biombo, mientras William O'Day, su tío y apoderado, y el empresario de la compañía, aguardaban a la joven para salir juntos.

Con respecto al tío de Molly, podríamos hacer un chiste malo diciendo que era un tío-vivo, pero no lo hacemos. El caso es que hacía la corte al empresario para que en el contrato que iban a firmar después, aumentase el sueldo a su sobrina.

Cosa no muy difícil por cierto, porque Mario Rerrington, que así se llamaba el empresario director de la compañía suspiraba como un cadete por la primera estrella.

—De seguro que Molly va a hacer muchas víctimas, cuando pongamos la revista en Londres—aseveró Rerrington.

—Yo creo que sin salir de aquí—replicó el viejo con una risita zumbona—ya ha hecho una, y... no está muy lejos, ¿verdad?

El empresario puso los ojos en blanco y lanzó un suspiro, signos inequívocos del avanzado estado de su pasión.

—Sí...—dijo después de una pausa—. Una

víctima con esperanzas de salvación, si me firma esta nuevo contrato.

—Que... ¿firmarás ahora?—preguntó el señor O'Day a su sobrina, y después bajando la voz, advirtió a Rerrington—: Le prevengo que por menos de tres mil dólares no haremos nada.

—La cantidad está en blanco, ponga el sueldo que quiera con tal de que firme el contrato.

—Yo estoy demasiado nerviosa para firmar nada esta noche, tío; fírmelo usted mismo.

El señor O'Day llenó el blanco correspondiente al sueldo y firmó en seguida. El empresario no podía reprimir una sonrisa maquiavética, porque, mediante aquel contrato, la señorita Molly contraía el formal compromiso de no casarse hasta pasados tres años; con lo cual él no desanimaba de obtener el anhelado si... no obstante, las tres formidables calabazas que le había dado Dolly recientemente.

Mientras en el cuarto de la estrella ocurrían estas cosas, Graham recorría el escenario con un magnífico ramo de flores para ofrecer a la artista, pero fué tan desventurado que le confundieron, tomándole por un comparsa del coro de caballeros que figuraba en la representación y como había que embalar el ves-

tuario, no hicoieron caso de sus protestas y, quieras que no, le dejaron en calzoncillos.

Unas simpáticas chicas del coro se apañaron de él y le arrojaron un traje de rumano, ya que no tenían a mano otra cosa, con cuyo traje, Graham pudo cubrir-es un decir—sus desnudeces hasta los muslos.

Y aquí empezaron les desdichas del pobre Graham. Por muchos años que viva, difícilmente podrá olvidar lo ocurrido en el transcurso de aquella noche nefasta en que se dieron de la mano lo ridículo con lo extraordinario.

Mientras los malhumorados individuos del servicio le desposeían de sus prendas, Molly había abandonado el teatro acompañado por su enamorado Rerrington, el cual no tuvo la dicha de acompañarla a su piso porque cuando ella bajó del auto le ofreció la mano y le dijo con la voz melosa con que las mujeres nos piden lo que está en pugna con nuestros deseos:

—Muy honrada, señor Rerrington, pero no se moleste subiendo. Aun tengo que hacer los baules y la casa está que parece un bazar.

Mientras el decepcionado Rerrington marababa, un nuevo auto se paraba delante del hotel y descendía un bizarro rumano, a juzgar por el vestido. Como habrá supuesto el perspicaz lector, el recién llegado no era otro que Juan Graham.



— ¡Ah...! ¿Pero usted también...

—Espéreme un momento que no llevo suelto—dijo al chófer, y con toda ligereza se metió en el hotel.

Estaba Juan Graham muy lejos de suponer que en el ascensor encontraría a la mujer por quien había pasado tan malos ratos. Hasta parece que Dios le iluminó, haciéndole parar el ascensor que iba por el tramo del quinto piso, y cuando la caja llegó al nivel del suelo y la automática portezuela se abrió,

y asomóse al dintel una mujer con cara de fierecilla enfurecida, Graham dió un paso atrás y exclamó:

—¡Ah...! Pero... ¿usted también vive en esta casa?

Dolly reconoció que bajo aquel vestido rumano se hallaba el simpático espectador de la primera fila, que aquella noche, como tantas otras, le había aplaudido a rabiar, y dulcificando su semblante se hizo a un lado.

—¿Piso?—dijo Graham solicitamente.

—Octavo.

—¡Y pensar que durante todo este tiempo sólo nos ha separado un botón de ascensor! —dijo él suspirando.

Al llegar a este punto se oyó en lo profundo del sótano el trallazo de un chispazo, e instantáneamente el ascensor se quedó parado y a oscuras entre los pisos cuarto y quinto.

—¡Avería! ¡Y lo malo es que a esta hora no hay servicio y vamos a permanecer aquí hasta la mañana!—exclamó Graham, llevándose las manos a la cabeza.

Y dieron las dos, las tres, las cuatro, y así sucesivamente hasta las ocho. Molly y Graham se habían dormido profundamente.

A las ocho el portero recompuso la avería e hizo bajar la caja del ascensor, sin percatarse de que dentro estaban ellos.

El doctor Allen regresaba en dicha hora

al hotel—se hospedaban con Graham— y al ir a tomar el ascensor les encontró abrazados como dos tórtolos.

El ruido que produjo al abrir la puerta les despertó. Allen, cuando a duras penas reconoció a su camarada, no pudo contener su estupefacción.

—¡Chico, llegas a punto!—exclamó Graham. —En este momento soñaba que le pedía a Molly su linda mano!

—¡Y yo que aceptaba!—dijo ella.

—Pues nada; ahora mismo os llevo al cura a que os eche la bendición... y a otra cosa.

Y así, extrañamente, pero así, se concertó entre bromas y veras, el singular matrimonio. Sabido es que los americanos son más expeditivos que los europeos en eso de los casamientos.

—En un segundo me cambio de indumentaria y vuelvo con los papeles debajo del brazo—dijo Graham.

La boda se celebró en la intimidad. Hombres prácticos por excelencia, los curas americanos van a domicilio.

Una vez celebrada la ceremonia los recién casados pasaron al piso superior.

—Justamente el tiempo preciso para que Molly se cambie de ropa—advirtió Graham.

—Tengan en cuenta que yo les espero para la comida—advirtió Allen.

Los diez minutos se convirtieron en tres

cuartos de hora. Mientras aguardaba, Allen empezó a probar los vinos. Llovía sobre mojado: Había pasado la noche de claro en claro, y el vino le aturdió.

A las diez, en vista de que los recién casados se retrasaban, mandó al criado de Graham al piso superior:

—Ve a decir a tú amo que mi barco sale a las cuatro de la tarde y ya no puedo esperarle más.

El criado dió el encargo a una pizpireta doncella de Molly.

—Dile a mi señorito que el doctor Allen se ha bebido todo el almuerzo.

Molly y su esposo, cuando recibieron el encargo de Allen, se hallaban en el propio cielo: tendidos los dos en un amplio diván turco trazaba planes para el porvenir.

—Voy a bajar un momento. Este Allen es una cuba.

Mientras Graham se hallaba ausente, llegó a las habitaciones de Molly su tío. Venía muy contento por el éxito de la firma del contrato.

—Conviene que lo leas, sobrinita; has de saber tus derechos y obligaciones.

No bien hubo empezado su lectura, los ojos de Molly tropezaron con una cláusula, que le hizo articular un grito.

“Si la señorita Molly O’Day contrajera matrimonio durante la validez de este contrato



... se convirtieron en tres cuartos de hora ...

dejará de percibir la suma de 100.000 dólares que se deja establecida.”

¡Ah, canalla! Ya comprendía ella la maquiavélica intención del sinvergüenza de Krrington! ¿Qué haría ella si hacía escasamente una hora que había quebrantado la principal cláusula?

—¡Ese contrato no es válido! Esto es un abuso, una coacción intolerable!—empezó a

chillar Molly agitándose de un lado para otro.

—Si a ti no te importa tu porvenir... piensa al menos en tu pobre y desamparado tío... —decía éste.

El pobre señor hubo de agotar todos los recursos para tranquilizar a su sobrina y hacerla volver "a la razón".

Molly se hizo las siguientes consideraciones: Si se sabía que había contraído matrimonio, perdería el contrato. Si guardaba el secreto, nadie se opondría a su felicidad y en secreto podrían ser dichosos...

Así lo acordó.

La intempestiva llegada de Kerrington, que venía a darle los buenos días la puso en un compromiso. No podía decirle que se marchase, y de un momento a otro iba a volver Graham, a quien no podía presentarle.

Llegó Graham: la vió con Kellington; quedóse perplejo en el umbral de la puerta. Molly le hacía señas por la espalda de Kerrington, indicándole que se fuera, pero Graham no entendía de señas y no sabía qué hacer. Sólo presentía vagamente que aquello era un lío y que él estaba en ridículo.

—No, gracias; hoy no queremos carbón —dijo Mally, al cabo, rompiendo el angustioso silencio.

—¿No..? — se limitó a decir Graham y dando media vuelta se fué no sin antes clavar una odiosa mirada sobre la faz de Molly.

Kerrington también se extrañó de aquello y dijo con cierta ironía que el caballero iba muy elegante para ser carbonero.

—¡Ah, sí! ¡No tiene nada de particular que vaya tan elegante! ¡Si no vende más que carbón piedral

Durante la visita de Kerrington, Molly sufrió lo indecible. "¿Cómo le habrá sentado a Graham la presencia de Kerrington? ¿Se habrá ido para no volver más? ¿Se habría suicidado?

—Por favor, señor Kerrington, ¡Si no se marcha usted, no va a ser posible que esté lista para embarcarme! —dijo haciendo prisa a su empresario.

Y cuando se vió libre de la inoportuna presencia de éste, Molly bajó precipitadamente a las habitaciones de Graham.

Este estaba como una fiera. Paseaba de un lado a otro de la habitación, indignado por el proceder de Molly.

—El otro debe ser, sin duda, otro marido. Y por lo visto tiene más derecho que yo, porque me han hecho salir... ¡Oh, Molly, Molly: cuando te vea delante!

Y cuando la vió delante... no le hizo nada. Ella se deshizo en explicaciones: le explicó lo del contrato, le enseñó la cláusula que le exigía la soltería mientras durase el contrato, y, por último, Graham se dulcificó, toda vez

que no ocurría nada de lo que había supuesto al principio.

—Pero nenita... ten en cuenta que estamos casados...—advirtió Graham después de oírla.

—Ya lo sé; pero no es cuestión de dejar perder un contrato tan ventajoso por un pequeño detalle como ese. ¿Sabes qué he pensado?

—¿Qué?...

—Mantendremos secreto el matrimonio.

En tanto Molly y Graham poníanse de acuerdo sobre la manera de resolver el problema de su porvenir, el doctor Allen, a quien habían dejado olvidado en una habitación contigua, decidió marcharse a su barco.

—¡Mi gorra!—dijo al criado de Graham—. ¡Tengo mucho que navegar todavía!

Y se marchó describiendo eses, efecto de haberse bebido el almuerzo.

Los recién casados ya se habían puesto de acuerdo; habían convenido que Graham acompañaría a Molly a todas partes como un simple amigo y cuando caducase el contrato figurarían un nuevo matrimonio.

Juan llamó a las oficinas de la casa consignataria del buque en que salía Molly.

—Desearía un pasaje de primera clase en el "Cryptic" que sale hoy.

—No puede ser, señor—le contestaron—. El "Cryptic" va abarrotado de pasaje y no hay un solo puesto libre en todo el barco.



—... ten en cuenta que estamos casados ...

Graham quedóse contrariado, pero pensó en Allen y recobró la confianza de poder acompañar a su esposa.

Hacía diez horas que la vida había cambiado radicalmente para Graham, pero no así para las personas que, más o menos indirectamente, pudieran estar en relación con él.

Nos sugiere estas consideraciones el paciente chofer que desde la noche anterior estaba aguardando a Graham con el taxímetro en marcha. ¡Sumaba ya 38'50 dólares!

—¡Lléveme corriendo al "Cryptic", un barco que está en los muelles de la Cunard!

Se desperezó el chauffeur y le llevó al barco.

Mally habíase quedado para ultimar los preparativos del equipaje y Graham debía mandar a recogerle, de modo que cuando llegó al muelle, ordenó al chofer:

—¡Vuelva a recoger a una señora que debe venir conmigo, y a la vuelta liquidaremos.

Graham subió al barco y preguntó por Allen, pero nadie le supo dar razón.

—¿Puedo esperarle sobre cubierta?—preguntó al oficial que estaba en la plancha, revisando los pasajes.

—Pase, pase...—respondió el encargado.

El propósito de Graham era poder acompañar a su esposa, fuera como fuera. Primero buscó a Allen por todo el buque, pero en vista de que no le encontraba, decidió ver si podía hacerse con un pasaje, fuera como fuera, y abordó al primer pasajero que se le puso delante, diciéndole:

—¿Por qué no me vende usted su pasaje? en la cara le conozco que este viaje no ha de sentarle bien.

El pasajero, que estaba arrimado a la bor-

da, viendo como embarcaban los pasajeros, no le hizo caso.

—Perdone mi insistencia, pero desearía saber si tiene usted mucha precisión de atravesar el charco—insistió Graham—. Lo digo—añadió con toda seriedad—porque hay que tener calor para meterse en un cacharro como éste...

El presunto pasajero no respondió, pero le lanzó una mirada fulminante, capaz de atemorizar a cualquier otro que no hubiese sido el despreocupado Graham.

—Por ahí...—añadió Graham confidencialmente—, por ahí se susurra que el capitán va a hundirlo en este viaje para cobrar el seguro...

El caballero frunció el ceño y mostró a Graham la bocamanga de su americana. ¡Plancha: era el capitán del barco!

Graham se escabulló como pudo y el capitán, cuya preocupación estaba en otras cosas, no pensó más en él.

Era la hora de salir. No faltaba a bordo más que el médico y éste no venía. El capitán, que tenía un genio atroz, estaba preocupado en extremo.

—Oficial—dijo llamando a un subordinado—. No se olvide de mi maldita gota y de que no podemos salir sin médico.

En tanto, Graham, desesperaba de encontrar a su amigo. Tampoco había viajero al-

guno que se prestase a las combinaciones que les proponía y ya se había hecho al ánimo de quedarse en Nueva York, cuando, al otro extremo de la plancha descubrió a su criado haciéndole señas.

—¡El señor doctor se ha dejado el maletín olvidado!—decía el fámulo.

Graham recogió el maletín y volvió a la toldilla; casi al mismo tiempo un hombre alto, musculoso, de ceño adusto se aproximó a él y sin más preámbulo le agarró por el brazo, diciéndole:

—Doctor: el capitán desearía hablar un instante con usted.

Y lo arrastró hasta donde se hallaba el capitán. Este le miró de pies a cabeza y displicentemente, dijo:

—Sé que es usted médico y el buque no puede salir sin un doctor a bordo. ¡Usted va a serlo!

Ante una orden tan categórica y un hombre tan malhumorado, Graham no podía protestar. Además, los acontecimientos favorecían sus planes y optó por callarse. Ya le protegería la Providencia.

El capitán mandó levar anclas. Graham iba de un sitio a otro preguntando a todo el mundo:

—¿Ha embarcado la señorita Molly O' Day?

Nadie sabía darle razón y Graham estaba

desesperado. Por otro lado, empezó a ver clara la responsabilidad que contraía haciéndose pasar por médico.

—¿Ha embarcado la señorita Molly O' Day?—iba preguntando.

—¿Qué broma es ésta que va usted gastando por ahí? — dijo el oficial corpulento agarrándole por el brazo. — ¡La señorita Molly O'Day no ha embarcado y usted se viene ahora mismo a su camarote!

—Podéis llevarme a donde queráis—pensó Graham mientras se dejaba conducir—; pero me escaparé antes de salir del puerto!

En efecto: no bien le instalaron en su camarote y le dejaron solo, Graham subió a la toldilla con el propósito de echarse al mar, pero como no sabía nadar, se colocó un salvavidas, y se arrojó por la borda, mas quedó colgando en el aire porque el aparato estaba atado con una cuerda. No salió de allí hasta que el corpulento oficial, sobrecargo del buque le sacó de aquella situación embarazosa.

—Usted será el oficial médico; y no me lo haga decir otra vez, conque métase en su camarote y aguarde a sus enfermos.

—Es que yo...—balbuceó Graham, pero no pudo continuar porque el sobrecargo lo dejó apabullado con una de sus feroces miradas.

* * *

Volvamos la vista hacia atrás y veamos cómo Molly O'Day pudo llegar al buque al tiempo que ya habían quitado la plancha de pasajeros, pero quedando aún, afortunadamente, la de equipajes por la que se coló gentilmente en el "Cryptic"; seamos un poco compasivos con los humildes y dediquemos un piadoso recuerdo al alma del esforzado chofer que después de una noche de vela se quedó sin poder cobrar un "ticket" de 73 dólares por cuyo motivo se arrojó al mar de cabeza.

Sólo hemos de registrar un leve accidente y fué que al saltar al buque la señora Molly se torció un pie.

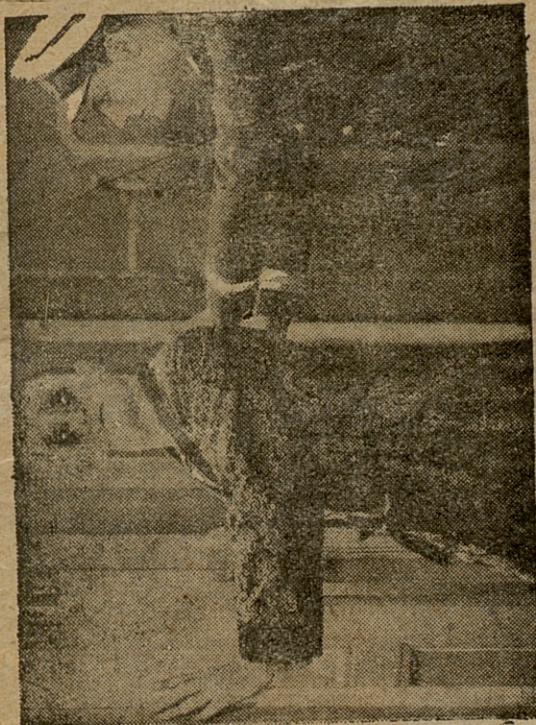
—No se apure usted, señorita O'Day—le dijo el sobrecargo—. Voy corriendo en busca del doctor.

Y después de conducirla solícitamente a su camarote fué a buscar al doctor, y no le encontró hasta media hora después en la clínica.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Le he estado buscando por todo el barco! ¡Una pasajera se ha dislocado un pie!

Graham cogió unas cuantas herramientas de cirugía y... un frasco de aceite de ricino.

—En caso de duda, no hay como el rici-



— Una pasajera se encuentra muy grave...

no... Le parecerá extraño, ¿verdad?. Pues obra milagros—explicó al sobrecargo.

Ya en el camarote de Molly, ésta, que decía sentir grandes dolores, se había cubierto la cabeza y no se reconocieron.

El falso médico examinó el tobillo de la paciente y la consoló:

—Señorita, no hay que asustarse. No es más que una forcedura. Tiene usted el tobillo perfectamente bien... pero que muy bien...

Después de vendarle la pierna cuidadosamente, Graham le iba a dar una cucharada de aceite de ricino, pero ante sus maravillosos ojos apareció el rostro resplandeciente de su mujer.

Ambos reprimieron su asombro. Estaban delante el sobrecargo y una señorita rubia que acompañaba a Molly.

—¡Hay que disimular! — dijo Graham —. Nos encontraremos esta noche después de la cena en la última cubierta.

Y así fué. Despues de las visciditudes pasadas, Graham y su mujer se dieron el gusto de consagrarse media hora al amor y decimos solamente media hora porque cuando se hallaban en lo mejor del idilio, Graham oyó tras sí la voz de su ayudante que decía:

—Una pasajera se ha puesto enferma, doctor.

Como Graham hiciese el desentendido, su ayudante prosiguió:

—Una pasajera se encuentra muy grave...

Como “el deber” le llamaba a otro lado, Graham tuvo que dejar la amable compañía de su esposa y quedaron en que más tarde ella iría a su camarote.

Mas las cosas sufrieron una pequeña complicación que debía ser en extremo perjudicial para la reputación de Graham y fué que cometió la ligereza de disponer que la paciente visitada fuera trasladada a un camarote sola... y le destinaron el suyo.

Al verse así atropellado, Graham protestó al sobrecargo.

—Pues hay que aguantarse. Como dijo usted que la señorita Cross debía ir sola en un camarote, le doy el suyo.

Cuando fué a recoger sus maletas al camarote, ya se estaba instalando la señorita Cross, la cual no tenía más enfermedad que un súbito enamoramiento de Graham.

—¡Oh, doctor! ¡Qué galante es usted! ¿Cómo agradecerle que me haya cedido su camarote?

Graham, que estaba rojo de indignación, exclamó:

—A un moribundo no se le niega nada, señorita.

Sólo le quedaba a Graham un consuelo: la cita que iba a tener con su esposa... pero, de pronto, quedó sobrecojido al pensar que

Molly iría a su cuarto y no encontraría más que a la señorita Cross.

Con objeto de evitar toda confusión y la posible eventualidad de que Molly sospechase de él, se dirigió al camarote de ella.

Molly ya había salido; ocupaba un camarote de dos plazas con la señorita rubia, que se había prendado locamente de él, pero todas estas cosas las ignoraba el falso médico.

Llamó discretamente a la puerta del camarote, y cuando oyó ruido, dijo a media voz:

—Soy yo... el famoso médico de a bordo.

Abrióse la puerta y ante él apareció la grácil figura de la rubia. Graham se desconcertó.

—Venía a ver a mi paciente. Su dislocación me preocupa algo...

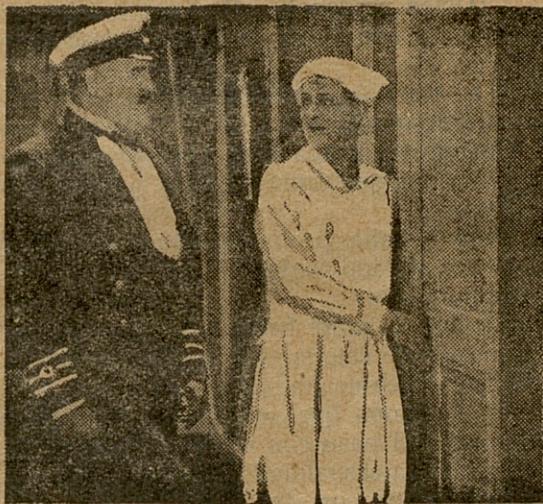
—¡Ay, doctor, pase usted!—dijo la rubia haciéndole paso y cuando hubo cerrado la puerta, añadió dejando caer su cabecita indolentemente en el pecho de Graham—. ¡No es ella sola la que está dislocada! ¡Yo tampoco estoy muy buena!

Graham la acondicionó en el diván. Entre tanto, la rubia iba diciendo:

—¡Ay, que recuerdos trae usted a mi memoria! Estuve a punto de casarme con un médico, era un famoso alienista y llegó a interesarle mucho!

—¡Lo creo!... ¡Un caso clínico!

Como Graham era bastante listo para com-



... pudo burlar la vigilancia...

prender las intenciones de la rubia y no ignoraba la exposición que corría caso de que su mujer le sorprendiera con ella; le dijo que tenía viruelas y la mandó al lazareto.

Molly fué al camarote de Graham a la hora convenida. Llamó suavemente a la puerta y poco después ésta se entreabrió y una muchacha en kimono asomó su cabecita rubia.

—¿Que desea usted?...—preguntó con insolencia,

—¡Usted perdone!... ¡Creí que era la portezuela del ascensor!—dijo Molly desconcertada.

Y se marchó desolada, con el convencimiento de que Graham se entendía con otra.

Cuando regresaba a su camarote se cruzó con Graham que venía de dejar a la rubia en el lazareto.

Molly estaba profundamente ofendida y pasó por su lado confundiéndole con una mirada fulminante.

—¿Qué le habré hecho yo? ¿Por qué me ha mirado de este modo y ha pasado por mi lado sin decirme nada?—se preguntó Graham, al tiempo que volvía sobre sus pasos y avivaba el paso con objeto de alcanzarla.

Mas dió la casualidad de que el sobrecargo venía por otro corredor y sospechando algo, siguió al doctor.

Graham trató de entablar diálogo con su esposa, pero ésta no le hizo ningún caso.

—¡Escúchame, nenita! ¡Tengo que explicarte!...

Había llegado a su camarote y dando las buenas noches, le dió a Graham con la puerta en las narices.

Graham no se dió por vencido y llamó insistente. En esto sintió que unas manos se posaban sobre sus hombros, al tiempo que la voz del sobrecargo le decía:

—Esa señorita le ha dicho buenas noches,

y buenas noches quiere decir BUENAS NOCHES, conque... ¡buenas noches!...

—Pues... buenas noches...—dijo Graham a media voz y reanudó el camino como si tal cosa.

Graham estaba irritado contra sí mismo, contra Molly, contra el sobrecargo, contra todo el mundo...

—Yo necesito hablar con Molly esta misma noche. Quiero que me explique lo que pasa— se dijo.

Pero tantas veces como trató de ir a su camarote, se encontró con que el odioso sobrecargo vigilaba la puerta, hasta que, al fin, tuvo la buena ocurrencia de pedir el vestido a una enfermera, con lo cual pudo burlar la vigilancia del famoso sobrecargo.

Una vez en presencia de su mujer se dió a conocer y cuando empezaba a darle explicaciones por la mujer que ella había sorprendido en su camarote, se presentó la rubia hecha una furia.

—¡A ese mediquillo le voy yo a ajustar las cuentas! ¡Mira que encerrarme a mí en el lazareto! ¡Qué se habría propuesto?

—¡Cualquier cosa, señorita! ¡Yo tuve un día que pararle los pies!—dijo Graham que para despistar se había puesto a peinar a su mujer.

—Enfermera... Necesito un masaje completo—dijo la rubia,

Hubiéraselo dado y con mucho gusto el sinvergüenza de Graham, si su esposa no le hubiese hecho salir.

Una vez desprendido del vestido de enfermera, el sobrecargo fué a buscarle a su camarote.

—¡Venga usted conmigo! ¡El capitán le necesita!—dijo, llevándoselo hasta el camarote del capitán.

La gota del comandante del "Criptic" le tenía a éste postrado en un diván y se quejaba mucho. Su malhumor, ya de sí abundante, le había exacerbado el mal genio.

—Los callos... ¿eh? Se comprende... La humedad del mar... el... ¡Un poco de aceite de ricino y queda como nuevo!

Mas el que estuvo casi a punto de quedar como nuevo, a consecuencia de una patada que le dió el capitán, fué él.

Graham huyó y se vió perseguido por los servidores del capitán. Cuando estuvo a punto de caer bajo las afiladas garras del sobre-cargo, se arrojó por una de las chimeneas de ventilación, cayendo en la parrilla que en éstas sirve para evitar que caigan al fondo los objetos.

—¡Dios mío!... ¿Por qué no estás aquí, Franck?—gimió Graham palpando en la obscuridad.

—¡Pues si aquí estoy!—murmuró una voz a su lado. —Estoy aquí desde esta tarde!



... y cuando empezaba a darle explicaciones ...

Vine al buque un poco mareado y me caí. ¿Y tú, qué haces por aquí?

—Ya lo ves: paseándome y pasando mil calamidades por culpa tuya.

Los perseguidores de Graham habían visto dónde se ocultaba y le echaron un garfio, pero ese garfio cogió al doctor Allen y lo subió hasta el puente.

En tanto Graham, allí olvidado, oyó murmullo de voces, y prestando atención oyó las siguientes palabras:

—¡Estoy loco por ti, Molly! ¡Cásate conmigo esta noche... ahora mismo!—decía una voz masculina.

—Pero... ¿y la cláusula de mi contrato que...?—replicaba una voz femenina.

—No figura más que en uno de los dos que me firmó tu tío...—le atajó la voz masculina—. ¡Y ese lo romperé ahora mismo y arrojaré los pedazos al mar! ¡Mira!

Después de una pausa volvió a oírse la voz de la mujer, que decía con triunfo:

—¡Bien; pues ahora puedo decirle, señor empresario, que no podemos casarnos porque soy la esposa de Juan Graham!

Estuvo tan contento Graham de la satisfacción con que su mujer pronunciaba su nombre que empezó a brincar, y como la parrilla no estaba muy segura, los dos cayeron en el propio camarote de Molly al tiempo que Kerrington, su interlocutor, preguntaba:

—¿Y quién es ese Graham?

—¡Yo!—exclamó Graham.

FIN

.....
PROXIMO NUMERO

SIGUIENDO EL RASTRO

El más interesante film del Oeste, creación de

JACK PERRIN

II ACONTECIMIENTO !!

NO DEJE USTED DE LEER EN
SELECCION DE FILMS DE AMOR

la novela del más alto interés
y sugestivo asunto amoroso

LANCES DEL QUERER

DE LA INVICTA MARCA



INTERPRETADA POR LOS COLOSOS ARTISTAS

Norma Shearer Lew Cody

Carmel Myers Dorothy Sebastian

Servimos números sueltos y colecciones completas previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco cé-
timos para el certificado. Franqueo gratis.

ENVIAMOS CATALOGOS

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707, Barcelona